

cesito te hago falta", "porque te das existo"; porque —agregamos nosotros— la vida misma como la poesía no es absolutamente lógica, lo que no quiere decir que sean necesariamente ilógicas y sin sentido. Lo primero que se impone en *El manto y la corona* es pues su voluntad de lucidez, de claridad, la falta de misterio y de sueño, la apariencia prosaica, el indudable acento literario, poético como el que más.

Desconcertará a muchos que el poeta declare que le "nacen silencios y palabras ordenados"; nada más natural. Quien ha utilizado en su fiel servicio todas las galas de la retórica (reminiscencias de latinidad, pericia versificadora) como el hipérbaton de "toda tú de puertas claras fuiste", el epíteto de "un recordado perfume", la trasposición de "ya la hora / llega de amar"; y las emotividades de la lengua conversacional: el tratamiento de "usted", hispanoamericanismo de intimidad, patente en el telegrama de la p. 13, el "¿qué has hecho?", de la p. 65, puede estar seguro de su silencio y de su palabra, ordenados o no.

CLAUDE TRESMONTANT, *Introducción al pensamiento de Teilhard de Chardin*. Filosofía y Letras, 33. Imprenta Universitaria. México, 1958, 170 pp.

En 1955 murió el jesuita Teilhard de Chardin, científico de renombre mundial por sus aportaciones a la paleontología (descubridor del *Sinanthropus*) y por la originalidad de su pensamiento filosófico, más que meta ultrafísico: ya que presenta comparadas en prodigiosa compatibilidad paradojas como las de racionalismo y fe, empirismo y teorías, lirismos y argumentación, teología y titubeos. Este libro, traducción impecable de Gallegos Rocafull, a la vez expositivo y crítico presenta "una idea clara, fiel y equilibrada" de un pensar que si al comenzar a ser editado ha encontrado reparos, ha sido para muchos "una de las creaciones más originales y maravillosas de nuestra época".

El punto de vista de Teilhard es el fenomenológico (quiere "expresar una visión de la humanidad, objetiva y espontánea, considerada como fenómeno"), sin definiciones apriorísticas del ser, sin análisis ontológico de causas, sin metafísica ni teología: es decir, una "memoria científica" que sirva de introducción a una explicación del mundo, que tenga por método fijar las apariencias fenoménicas del hombre y su posición actual "en relación a las otras formas que ha tomado en torno nuestro el material cósmico en el transcurso del tiempo". Meyer ha defendido la legitimidad de esta lectura fenomenológica que ha descubierto leyes evolutivas indiscernibles en el nivel microscópico. Su idea capital es la de la evolución como dimensión temporal de lo real (Bergson), desde que ella enseñó a la filosofía lo que significa tiempo. Teilhard quiere hacer ver la importancia de buscar sentido a la cosmogénesis; es decir, cosmos en proceso de creación por evolución dirigida, irreversible y constante. Con él se empieza a ver clara esa invasión de la física y la química en el dintel de una historia natural del universo. Su concepto científico de evolución (como expresión —para nuestra empírica témporo-espacial— de creación) es el "reverso experimental" susceptible de ser opuesto al concepto metafísico de creación.

Para discernir científicamente un sentido a la evolución, T. deduce una ley de recurrencia, a raíz de la aparición de la conciencia en la materia orientada hacia estados más y más complejos. Entiéndese por complejidad no sólo número y variedad, sino heterogeneidad organizada. La evolución se orienta hacia los altos complejos (supermoléculas más y más complicadas) y síntesis; con lo que la relación materia-vida-conciencia adquiere un sentido: el desenvolvimiento social y psíquico del ser, por autoevolución, hacia un tipo "ultrahumano" ("El hombre zoológicamente no es adulto. Psicológicamente no ha dicho su última palabra.") Consecuencia será que "la obra creadora del hombre no es más que la prolongación, la continuación de la cosmogénesis". De ahí que la fenomenología de la evolución pueda continuarse "necesariamente" en una "fenomenología de la acción"; y que haya que construir, por fin, una energética humana. Y si la evolución tiene un sentido irreversible y orientado, todo el universo lo tendrá: hacia su maduración. (Heidegger, "escolástico y literario", afirmaría lo opuesto: el absurdo esencial del ser; el marxismo sería la frustración del porvenir.) No es esta una demostración metafísica de la inmortalidad, sino análisis fenomenológico, "físico", que enseña que la coherencia del universo debe ser la aceptación de su estructura irreversible, de su "porvenir halagüeño". Y aquí está la diferencia entre una visión del mundo informada por "ciencia positiva" y una filosofía "de tipo literario". ("El sabio, conectado con el universo en sus dimensiones témporo-espaciales, sabe muy bien que la hipótesis del filósofo es puramente verbal.") De aquí a la "infalibilidad del universo" sólo un paso (que no excluye los peligros de fracaso, "inherentes a una evolución que se vuelve reflexiva y humanizada") conducido por un "optimismo estadístico" en Teilhard, a la vez cristiano o —como quería Mounier— "trágico". La evolución del pensador converge a una "cumbre de personalización y de unificación". (En la humanidad, la evolución en vez de acrecentar simplemente el "número", engendra "un grupo en estado de expansión, un sistema de estructuras siempre más ligadas y mejor centradas"; está "anudándose sobre sí misma —racial, económica y mentalmente— con una rapidez y bajo una presión constantemente acelerada"; si las reflexiones se buscan y se refuerzan, ¿no habrá por delante una humanidad en formación, suma de personas organizadas?; si el movimiento de totalización acentúa la profundidad y la comunicabilidad de los *egos*, tendiendo a los *superegos*, ¿no habrá que ver la evolución de la multiplicidad como una plasmación de seres más libres y más conscientes?... ) Al final del proceso —punto de convergencia, terminal a donde no lo siguen muchos— Teilhard quiere presentar un polo de atracción y de consolida-

ción que llama "omega", señal del "umbral de maduración del proceso cósmico total", que podría llamarse, absolutamente, Dios —"causa y principio de la evolución"— sin más, "gran estable" en lo ultrasintético.

Este libro no quiere suplir la lectura de las obras de Teilhard; nos invita a hacerlo, pero nos amonesta para ir sobre aviso en busca de una "introducción a una explicación", y nos destaca las etapas esenciales de su dialéctica. Puede encontrarse también un agregado —"Teilhard, pensador cristiano"— que critica desde el punto de vista teológico los esfuerzos del sabio por ilustrar su ciencia natural por el conocimiento sobrenatural; esfuerzo patético por conciliar la naturaleza con el cristianismo, al cual ve como una cosmogonía más que como una religión "exclusivamente jurídica, moral, platonizante". Entiéndase bien: con la religión, no con los fieles que se presentan a "los mejores gentiles" como una "mística indecible por ser infrahumana, mórbida". Por último, los intérpretes deben estar dispuestos a colocarse, para leerle, en el mismo punto de vista en que él se colocó para escribir. Sería absurdo reprochar a su trabajo científico cosas que corresponden más al teólogo crítico.

H. B.

RAYMUNDO RAMOS GÓMEZ, *Enroque de verano*, Cuadernos del Unicornio, 11. México, 1958, 16 pp.

Aunque bastante apegado a la línea de Borges: la lúcida precisión del lenguaje, el gusto por la erudición y los juegos conceptuales, no por esto carece de méritos propios. Y aunque casi desde el primer momento se sabe que se está frente a una obra poco original, su lectura ofrece un interés continuado, porque el narrador posee dones naturales. No sería aventurado predecir que cuando haya asimilado la influencia que ahora lo domina, dará a conocer cuentos de gran calidad.

ELSA DE LLARENA, *Prosas*, Cuadernos del Unicornio, 8. 1958, 20 pp.

Breves prosas poemáticas que tienden a destacar valores subjetivos (pero la intención se pierde en gran parte por la vaguedad del lenguaje) alternan con cuentos que observan directamente la realidad. A estos últimos (lo mejor del cuaderno) los caracterizan el tono reiterativo y el estilo llano; técnica, aunque no novedosa, sí de acuerdo con el tema que desarrolla: la vida elemental y monótona de las clases bajas.

ROBERTO ESCALANTE, *Pensado enteramente*, Cuadernos del Unicornio, 15. México, 1958, 16 pp.

Comprende dos poemas. En el primero, "Mirad cómo mi cuerpo", hay frecuentes logros, sobre todo adjetivales; pero le falta fluidez al conjunto. El segundo poema, "Pensado enteramente", es más efectivo gracias a una mayor economía retórica. La sobriedad de las metáforas hace que los versos adquieran un acelerado ritmo, y que se precipiten en un final brillante. En el primer poema, sentimos que el autor nos enfrenta sólo a frases poéticas. En el segundo, en cambio, a hechos poéticos, lo cual marca una verdadera diferencia de calidades.

C. V.

